

# escrito a máquina

## Los cristianos a las fieras!



Cualquiera que tenga hijos o tenga corazón comprende y compadece al Sr. Cranshaw en su sufrimiento de padre al encontrarse con su hija prisionera y condenada a siete años de cárcel en la flor de su edad. No era ese momento amargo el más oportuno para hacerle entrevistas ni podía su mente, nublada por el dolor y presionada por su situación personal, controlar sus instintivas reacciones. Cuando se sufre una desgracia, el corazón humano, en un primer movimiento irreflexivo, trata de arrojar la culpa lo más lejos posible. Lo vemos en el niño que le pega a la piedra culpándola de su tropiezo. Lo malo fue, que en esta búsqueda de un chivo expiatorio, el corazón del señor Cranshaw se dejara interferir por una onda ambiental siniestra, por esa onda que en El Salvador, a la muerte del Ministro Borgonovo lanzó a sus supuestos vengadores a matar a un inocente sacerdote. El señor Cranshaw, sin fijarse en lo que decía, conmocionado por su dolor, dijo ante la radio y la televisión que "había que matar a esos curas que lanzan a los jóvenes a las montañas".

En el larguísimo proceso militar contra más de un centenar de jóvenes rebeldes, nunca se habló ni nadie acusó a ningún cura de lanzarlos a la montaña. Durante toda la historia de Nicaragua han existido jóvenes que se lanzan a la montaña. El Liberalismo acaba de celebrar el 50 aniversario del Espino Negro y glorificar al General Moncada, un joven que se lanzó a la montaña, y cada 11 de Julio nos hace desfilar a un grupo de aguerridos ancianos que fueron jóvenes que se lanzaron a la montaña en el 93 y que enarbolaron ideales revolucionarios con el extremismo y la beligerancia que hoy nos ofende en los jóvenes. No se necesitan curas sino otras causas para que los Moncada luchan contra la dictadura de Chamorro, o los Chamorro contra la dictadura de Zelaya.

Yo no niego —y dialécticamente es imposible negarlo— que el cura, es decir el Evangelio sea subversivo en toda situación de injusticia. No se necesita tomar el fusil. Una sola página del Evangelio leída a fondo y convertida en vida, puede significar una ver-

dadera revolución en el modo de pensar y de actuar de cualquier persona. Al cristianismo se le acusa de violencia. Y es razonable. Su pólvora es más explosiva que la de los rifles. Es la Palabra-Persona del Hijo de Dios —es la respuesta de Dios a la condición humana— que, por lo mismo, llega hasta el fondo de la conciencia y golpea. Y esto es lo que irrita, hasta llevar al homicidio, a quienes la oyen abrirse paso a través de sus oscuros y endurecidos corazones. No trae nada bueno para ellos. Les arrebató al hombre a quien explotan u oprimen. Les devuelve a ese hombre con conciencia de su dignidad y de sus derechos. Ciertamente, el Cristianismo es subversivo y es una fuente de inconformismo ahí donde exista injusticia. Por eso vemos cómo va creciendo en América esa corriente oscura y homicida —empujada por el egoísmo de unas sociedades endurecidas en sus privilegios— que se sintetiza en la frase: "Matemos al cura". En el fondo ese grito recubre otro, inconfesable: "Matemos la conciencia". No es nada nuevo. En el Antiguo Testamento el final de casi todos los Profetas fue el martirio. Se les daba muerte ¿por qué? —Porque venían a ser la conciencia —la voz de la conciencia— de quienes se negaban a escucharla en su interior. Es el mismo criterio que expresó Caifás ante el caso de Cristo: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo y que no seamos destruidos todos". Es decir: matemos a Cristo, matemos al cura, matemos la voz que intranquiliza, matemos en su semilla, en su germen toda idea de justicia y de libertad antes que crezca y arruine nuestra situación privilegiada.

...Es lamentable que esa corriente siniestra se quiera filtrar —desde nuestro indecoroso vecindario— en Nicaragua. Aunque el dolor nos ciegue, no hay que abrirle la puerta. Es una corriente sucia de sangre pero, además, estúpida. Ya Cristo lo advirtió cuando derribó a Pablo a las puertas de Damasco: "¿De qué te sirve dar coces contra el aguijón?".

PABLO ANTONIO CUADRA